

NECROLOGÍA

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA (1918-2010)

ÁNGEL GÓMEZ MORENO
Universidad Complutense de Madrid

Doy las gracias al Consejo de Redacción de *Revista de Filología Española* por haber delegado en mí para escribir este obituario, sabedores todos sus miembros de los fuertes lazos que me unían —y que me unirán de por vida, a través del recuerdo emotivo y admirado— a quien primero perteneció a este mismo órgano ejecutivo y luego a nuestro Consejo Asesor. Me honra, como digo, el simple hecho de ocuparme de esta tarea, pues sólo soy uno más entre las decenas de miles de discípulos que han tenido la suerte de formarse bajo la suave y eficacísima férula de tan gran maestro, en La Laguna, Sevilla o la Complutense de Madrid, si es que no en Ottawa, North Carolina-Chapel Hill, Wisconsin-Madison o Illinois-Urbana.

Ya que ni él mismo llevaba el cómputo, desconozco qué número hace mi tesis doctoral en la larga serie de las que dirigió, que cubre una enorme variedad de temas relativos a la literatura española en su conjunto, analizada desde distintos enfoques y con técnicas diversas. La razón de esta amplitud de miras radica en que don Francisco, refractario a cualquier encasillamiento, estaba abierto a toda propuesta que suscitase su interés. Para provecho suyo y de sus discípulos, fue diligente a la hora de incorporar a sus tareas docentes e investigadoras las últimas aportaciones del hispanismo internacional y la romanística centroeuropea; en paralelo, tuvo información fresca sobre cualquier avance relativo a las literaturas francesa e italiana, consciente del peso que ambas ejercieron sobre las letras hispánicas del Medievo y Renacimiento, respectivamente.

Su particular método fue aquilatándose precisamente en atención al arte de esos dos periodos, en su dimensión literaria y plástica, pues don Francisco destacó en el uso de esa eficaz técnica contrastiva que es el *neocomparatismo*, a la que apelaron también Enrique Moreno Báez, Emilio Orozco o Juan Manuel Rozas. Ahora bien, sus páginas neocomparatistas más memorables atienden al Siglo de Oro y, sobre todo, al Fin de Siglo, como lo demuestran sus dos importantes libros sobre Rubén Darío (*Rubén Darío y la Edad Media* [1971]) y los Machado (*Los «primitivos» de Manuel y Antonio Machado* [1977]). En ambos,

se tiene muy en cuenta el medievalismo decimonónico, una tendencia estética que, impulsada desde el Romanticismo más madrugador, adquirió nuevo vigor en el Fin de Siglo por medio de la prensa, las artes decorativas y las influyentes exposiciones universales, particularmente la parisina de 1900, cuyo eco sonó con fuerza en el mundo entero.

Si el Medioevo literario español y el Prerrafaelismo pictórico-poético inglés son referentes obligados para Rubén Darío en su vena medieval, los paseos de Antonio y Manuel Machado por el Medioevo sólo se iluminan al considerar la obra de algunos miembros de la *Pre-Raphaelite Brotherhood*, sin dejar de lado el potente medievalismo español, evidente en los concursos nacionales de pintura, dado el predominio de los temas históricos (o, si se prefiere, del *realismo retrospectivo*) y en los distintos *revivals* arquitectónicos. Don Francisco, ahí y en otros lugares, se apoya en lo que parecen sólo alusiones de pasada, y al fin y al cabo se revelan referencias seminales, a la pintura simbolista y de paisaje, unas escenas que tienen acento andaluz en el sevillano Manuel García y Rodríguez y que, de Castilla para arriba, darán en lo que Francisco Calvo Serraller ha bautizado como la *Pintura del 98*.

Cuando se atiende a nuestra historia literaria en conjunto y se apela a distintos enfoques y técnicas de análisis (frente al investigador mediocre, cómodamente refugiado tras la consabida plantilla), el estudioso precisa de un *gran angular*. El empleo de este tipo de lente implica riesgos, pues la amplitud del espectro va a menudo en detrimento de la nitidez de la imagen; sin embargo, en la inmensa obra de don Francisco, lo vago, lo impreciso o lo difuso nunca tuvieron cabida, pues él anduvo en pos de respuestas y se esforzó en darlas de la manera más clara posible. No fue uno de esos generalistas que abarcan mucho y aprietan poco sino un reputado experto en los principales periodos artístico-literarios: Edad Media, Renacimiento, Barroco, Romanticismo, Fin de Siglo, Vanguardia o Generación del 27. Lógicamente, al calar hondo en busca de los cimientos de una obra o lanzarse en pos de su estela, el maestro jugaba con enorme ventaja: la que le daban sus infinitas lecturas sobre todas esas épocas.

En su amplísima labor investigadora, el lector avisado descubre un método rebosante de virtudes propedéuticas, pues don Francisco, ajeno a cualquier forma de solipsismo erudito, pensaba siempre en sus estudiantes y en sus lectores. Eso se notaba en clase, donde nunca precisó imponer orden levantando la voz o profiriendo amenazas, pues a todos —a todos sin excepción— metía en un puño con sus suaves maneras (simple reflejo de su bonhomía y de su exquisita educación), su tenue hilo de voz (nadie, que yo sepa, le oyó gritar jamás) y sus vastísimos conocimientos, que sabía exponer con toda claridad. Considerada su personalidad, su figura no podía responder al patrón del profesor incisivo y provocador (en nuestra particular vivencia, quien más claramente satisfacía ese ideal era un brillante Domingo Ynduráin, desaparecido en plena madurez), sino

a otro arquetipo igualmente admirable: el del maestro riguroso, que conoce su materia al dedillo, la transmite de forma coherente y no deja un solo cabo suelto.

Mi experiencia en los dos cursos académicos que pasé con él es la misma que me transmiten otros tantos compañeros. Don Francisco no fiaba nada a la improvisación, ni precisaba de un plan alternativo para enderezar la clase en aquellos casos en que el profesor nota que se le escapa de las manos. A él nunca le ocurrió nada parecido, pues nos tenía ganados antes de comenzar a hablar. Si cada minuto de clase contaba con el respaldo de una preparación concienzuda, sus basamentos reales los ponía una vida enteramente dedicada al estudio de la literatura española. Considerados su bagaje erudito, su capacidad para el trabajo y su calidad humana, no es de extrañar que el éxito le acompañase en cada uno de los cursos que impartió y que, año tras año, le lloviesen ofertas de cátedras con dotación especial desde los Estados Unidos.

De ese modo, en el plan que se había trazado, a las herramientas de trabajo, que permiten desbrozar el camino para uno mismo y para los demás, les correspondía la parte principal. Si, en su primer destino como catedrático, aprovechó para catalogar el fondo incunable de la Biblioteca Universitaria de La Laguna (trabajo publicado por entregas entre 1947 y 1948), a poco de pasar a la Universidad de Sevilla, donde por fin contaba con los medios necesarios, acometió la redacción de su en tantos sentidos innovadora *Introducción a la literatura medieval española* (1952). Luego vendrían las sucesivas ediciones ampliadas de este libro y otros trabajos del mismo tenor, como el tomo II de *Historia y crítica de la literatura española* (1980), y su posterior *Primer suplemento* (1991). Como su ánimo nunca decayó, aun después de jubilarse seguía siendo el primero en cumplir los plazos impuestos por las editoriales, como ocurrió en el caso de *Orígenes de la prosa* (1993) que publicó junto a María Jesús Lacarra.

En este revelador muestreo de obras auxiliares, toca aludir a las bibliografías (así la relativa a la novela pastoril, *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española* [1984], que preparó junto a Javier Huerta y Víctor Infantes) y a los *status quaestionis* (me basta citar su *Panorama crítico sobre el «Poema del Cid»* [1982]). Consciente de que el edificio sobre el que se sustenta el saber precisa de bases sólidas y de una estructura cohesionada, don Francisco colmó lagunas y reparó desperfectos. De ese modo, nos recordó que la Retórica es la primera de las herramientas en los estudios literarios (en un revelador trabajo, «La retórica en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán», *Revista de Filología Española*, 30 [1946], págs. 310-352), al poner en sintonía al escritor y al lector de cualquier época, y al integrar la codificación del creador y la recepción de su público en el largo y profundo cauce de la tradición.

Su obsesión con la poética y sus principios estaba más que justificada, ya que se trata de un principio vertebrador fundamental al estudiar un autor o un

grupo, al ocuparse de un género o atender a una época. Don Francisco nos enseñó a valorar las preceptivas (que él mismo analizó y llegó a editar en algún caso, como en *Las poéticas castellanas de la Edad Media* [1985]) y a perseguir las declaraciones de principios que, aquí y allá, se insertan en las obras, pues en ellas radican sus claves taxonómicas, ya se trate del pasado del creador o del presente del estudioso que a ellas se enfrenta (y que, llegado el caso, desarrolla su propia estructura o entramado, al modo de Paul Zumthor en su *Essai de Poétique Médiévale* [1972], libro este que mereció un imponente artículo-reseña de don Francisco, «La teoría poética medieval de P. Zumthor», *Anuario de Estudios Medievales*, 9 [1974-1979], págs. 733-786). Sus reflexiones sobre el mester de clerecía, la poesía de cancionero o los espectáculos medievales responden a ese mismo estímulo, como muchas de las páginas que dedicó a Gustavo Adolfo Bécquer, Ramón Gómez de la Serna o Juan Ramón Jiménez, entre otros.

Allí donde resultaba imposible trazar poéticas a través de un cuerpo teórico, recogido en un tratado o disperso a modo de simples retazos, cabe deducirlas a partir del cotejo de los textos, en atención a sus temas y su estructura. En ese sentido, su principal aportación (de extraordinaria importancia, a decir verdad) tiene que ver con las distintas formas de la narrativa idealizante del Siglo de Oro: bizantina, pastoril y morisca. Si su obra no fuera inmensa, unas cuantas reflexiones sueltas habrían bastado para tenerlo por uno de los grandes estudiosos de la literatura española. Por ejemplo, entre las muchas citas que cabría espiar en el prólogo a la *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea* de Heliodoro traducida por Fernando de Mena, la que aquí aduzco vale por todo un libro (Madrid, Real Academia Española, 1954, pág. XXI):

A esta difusión directa hay que añadir el favor que los españoles sienten por escribir el libro de pastores según una estructura que, como dicho en otra parte, bien puede llamarse bizantina: es la tendencia a encabalar argumentos, apurar situaciones y resolverlas a veces por encuentros fortuitos, entretejer *novelas* propiamente dichas con la línea del desarrollo del relato pastoril mezclando hábilmente los personajes de uno y otro dominio, pastoriles y novelescos.

Por esta ruta precisa, don Francisco, tras recalar en *La Galatea*, da en el *Quijote* e inevitablemente en el *Persiles*. Por sus reflexiones y por su edición de esa novela pastoril, lógico es que los cervantistas lo hayan considerado también uno de sus más conspicuos representantes. Lo mismo pensaban los expertos en Siglo de Oro, por su abrumadora labor como editor e intérprete de un largo número de poetas, dramaturgos y prosistas del Renacimiento y el Barroco.

Si su condición de medievalista de altísimo nivel es sobradamente conocida por cualquier estudiante, no hay profesional que no esté al tanto de su competencia probada en otras épocas y en otros autores. Algunos de ellos merecieron

no ya algún artículo, en el conjunto de los 534 asientos bibliográficos reunidos recientemente por Javier Huerta y por quien esto firma («Francisco López Estrada: retrato y semblanza de un claro varón», en *Cuadernos de Investigación de la Literatura Hispánica*, 32 [2007], págs. 39-83), sino libros enteros; de hecho, entre los cerca de setenta que deja escritos nada menos que ocho corresponden a los siglos XIX y XX.

A quien desee más información sobre la labor de este maestro (mi maestro) en su larga y fértil vida, le invito a leer la semblanza (más detallada y embellecida por un interesantísimo álbum de fotos) que aparecerá en el número 16 (2011) de la revista electrónica *eHumanista* (<<http://www.ehumanista.ucsb.edu/>>).